



TRIBUNA ABIERTA

«¡Y dale (que dale) con la -D-!»



POR ANTONIO NARBONA

Si hay libros titulados *El maravilloso mundo del lenguaje*, es porque hablar es una facultad con cualidades admirables, por extra-ordinarias ('fuera de y por encima de lo normal y común') e in-esperadas

UNA y otra vez se oye (y se lee) que decir *hablao* o *cansá* es andaluz. Hasta una profesora (de Lengua española) soltó con contundencia: «como andaluz, tengo derecho a decir *tenío*». Para comprobar la falsedad de tal creencia basta el 'famoso' *m[h]é-quivocao* del Rey Emérito. Y no hay andaluz que pueda superar al gallego expresidente Mariano Rajoy, de cuyos labios, al presentar hace poco su *Política para adultos*, fueron saliendo —en menos de un minuto— *educao, tomao, encantao, lograo, cambiao, saltao, votao, encontrao, funcionao, abandona, saltao, cuidao, soldao, diputao*, (Pablo) *Casao* (tres veces) y *Estao* (de Derecho), es decir, una *-d-* 'eliminada' cada tres segundos. De la *-d-* prescindan (¿cuántos, quiénes, y cuándo no?) peninsulares del centro y del norte, canarios... Al otro lado del Atlántico, la ca-suística es tan abigarrada, que no hay modo de resumirla, si bien *parece* que la 'pérdida' es algo más acentuada entre las clases populares de zonas costeras.

Pero más que quiénes ocupan la primera posición en tan peculiar *ranking*, importa saber 'cuáles' *-d-* no se pronuncian y, sobre todo, por qué.

La gradación de mayor a menor probabilidad —como siempre, determinada por la (no) aceptación social y (des)prestigio— estaría encabezada por los participios, con diferencias según el género (*no htá conectao/conectá*, [se quedó] *pah-má*) y número (aunque poco pesa en *abarrotao[s]* o *pará[s]*), en función de que se encuentren más o menos adjetivados (*un [café] cortao*) o sustantivados (*cuidao, abogao*), etc.; y se cerraría con ciertas formas verbales (*pueo, quea*). Entre esos dos extremos, bastantes peldaños intermedios, debido a múltiples circunstancias, que podrían ilustrarse con esta pequeña lista improvisada: [me llaman] *la bien pagá*, [corazón] *partío, comío, leío*, [tengo] *mieo*... Pero ¿dónde ubicar *ca* (por cada), *co* (por codo), la anulación de la *de* en *un cacho pan* o *una caha bombone*? ¿Y cuando, más que 'esfumarse', se 'reubica', como en *daleao* (por *la-deado*)?

Entre las razones por las que se 'debilitan' los sonidos que se articulan sin cerrar del todo los órganos, algunas no son sostenibles. Es el caso de la 'teoría climática', que, como el Guadiana, aflora y se sumerge de cuando en cuando. No *parece* (de nuevo, *parece*) que las altas temperaturas tengan la culpa de la relajación que lleva a suprimir, no sólo unas cuantas *-d-* intervocálicas, sino otras consonantes (*comé, Madrí, má* ['más, mar, mal']... etc.) y vocales (*s[h]a io d'aquí*). No creo que pue-

da llegar a confirmarse la hipótesis de que tal hábito articulatorio refleja un 'andalucismo' más acentuado de aquellas áreas hispanoamericanas que preferirían los colonos andaluces por tener un clima afín al de su tierra. Y, aparte de que Andalucía no es la 'propietaria' en exclusiva de tal 'caída' de la *-d-*, seguiría sin responder la pregunta de por qué la 'pierden' tanto los habituados al calor meridional como al frío castellano.

Peor lo tienen quienes lo asocian a la 'indolencia' o la 'pereza', lo que no casa bien con las continuas repeticiones de palabras y frases que caracterizan la 'expresividad' andaluza. ¿Cómo explicar, por ejemplo, que en francés se pronuncie sólo una —la *d* precisamente— de las cinco consonantes reflejadas gráficamente en [j'ai mal] *aux doigts* [o-duá] ('[me duelen] los dedos')?

Eso sí, que nadie se 'coma' ni una *-d-* al escribir. Donde acaba mi paseo diario cuando estoy en Málaga se ha dedicado un azulejo a un héroe popular que, por salvar a un niño, perdió su vida en la playa de *Er deo*, frente al grupo escultórico 'EL DEDO' colocado por el Ayuntamiento.

Consultar directamente a los usuarios para averiguar si es mejor pronunciar o no tal o cual *-d-*, al igual que preguntarles si el esfuerzo que requiere decir *cahco* [h]ihtórico o *cacco* [h]ittórico es superior al que exige *casco histórico*, no sirve para nada. Las respuestas, si las hay, son imprevisibles, a diferencia de lo que sucede cuando se les pide



ABC

que opinen acerca de si hablar 'en andalú' es más agradable, bonito y gracioso que hacerlo en 'castellano'.

Pero vayamos a lo que de verdad importa. Aunque lográramos averiguar por qué en *bodega* (uno de los resultados, junto a *botica*, de APOTHECA, voz que el latín tomó del griego) se han modificado las tres consonantes (la *-d-*, por cierto, no *cae*), seguiríamos sin comprender cómo y por qué *todas* las lenguas cambian al usarse, *unas* se imponen sobre *otras, algunas* —como el latín— se 'fragmentan' en varias, *muchísimas* se extinguen... Si hay libros titulados *El maravilloso mundo del lenguaje*, es porque *hablar* es una facultad con cualidades admirables, por extra-ordinarias ('fuera de y por encima de lo normal y común') e in-esperadas. *Comprenderlo* equivaldría a *comprendernos*, y nos quedaríamos sin *misterio*, que el *Diccionario* define, precisamente, como lo 'que no se puede comprender ni explicar'.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

